

PROLOGO

~ Sueños y despertares ~

¿Por qué se prohíbe transcribir determinados conocimientos mágicos? Quizá se deba al temor generalizado a que tales conocimientos puedan caer en manos de quien no sea digno de llevarlos a la práctica. Es innegable que siempre ha existido un sistema de aprendizaje para garantizar que determinados conocimientos mágicos se transmitan solo a quienes hayan sido adiestrados y considerados dignos de dichos conocimientos. Si bien esto parece un encomiable intento por protegernos de los practicantes indignos del saber arcano, omite el hecho de que las distintas magias no derivan de estos conocimientos específicos. La predilección por cierto tipo de magia ha de ser innata. Por ejemplo, la aptitud para la magia llamada Habilidad está estrechamente ligada a la consanguinidad con la línea de los Vatídico, aun cuando también puedan exhibir una «vena de locura» aquellos descendientes de las tribus del interior y los Marginados. Quien esté versado en la Habilidad podrá sondear la mente de otros, con independencia de la distancia que los separe, y saber qué piensan. Quienes estén fuertemente Habilitados podrán influir en dichos pensamientos, o conversar con esa persona. Para orquestar una contienda o recabar información, es evidente que resulta un instrumento sumamente útil.

El saber popular habla de una magia aún más antigua, despreciada en nuestros días, llamada la Maña. Pocos admitirán tener talento para esta magia, de ahí que siempre se atribuya su dominio a las gentes del valle vecino, o a quienes vivan al otro lado de las montañas. Intuyo que antaño debió de ser la magia natural de quienes recorrían la tierra como pueblos cazadores en vez de gregarios; una magia para quienes sentían afinidad por las bestias salvajes de los bosques. La Maña, cuentan, daba a uno la facultad de hablar el idioma de las bestias. También se advertía de que quienes practicaban la Maña demasiado tiempo o demasiado bien se convertían en las bestias con las que estuvieran vinculados. Aunque estas pudieran ser meras habladurías.



Existen también las magias llamadas Vulgares, aunque nunca he logrado determinar el origen de su nombre. Se trata de magias tanto verificadas como intuitas, entre las que se incluyen la quiromancia, la contemplación del agua, la interpretación del reflejo en los cristales y un cúmulo de disciplinas que pretenden discernir el futuro. En una categoría al margen, sin nombre, se engloban las magias que causan efectos físicos, como la invisibilidad, la levitación, la infusión de vida o el movimiento en objetos inanimados... Todas las magias de las antiguas leyendas, desde la Silla Voladora del Hijo de la Viuda al Mantel Mágico del Viento del Norte. No sé de nadie que haya reclamado estas magias como propias. Parece que sean exclusivamente quimeras, adscritas a personas que vivieron en tiempos o lugares lejanos, o a seres de reputación mítica o semilegendaria: dragones, gigantes, Vetulus, la Otra Gente, tragones.

Hago una pausa para limpiar mi pluma. Los finos trazos de mi caligrafía se convierten en lamparones sobre este pobre papel. Pero no voy a emplear pergamino de buena calidad para estas palabras; aún no. No estoy seguro de que deba plasmarlas. Me pregunto, ¿por qué escribir nada? ¿Acaso no transmitiré la tradición oral estos conocimientos a quienes sean merecedores de escucharlos? Quizá sí. Pero quizá no. Lo que ahora damos por sentado, el conocimiento de estas cosas, bien pudiera ser algún día un misterio y un prodigio para nuestros descendientes.

Ninguna biblioteca contiene gran cosa sobre la magia. Me cuesta horrores hilvanar un hilo de conocimiento en estos retales de información dispersos. Descubro referencias aisladas, alusiones de pasada, pero nada más. He conseguido reunir todo esto a lo largo de los últimos años y lo he almacenado en mi cabeza, intentando siempre trasladar mis conocimientos al papel. Pretendo poner por escrito lo que me ha enseñado la experiencia, amén de lo que he podido recabar. Quizá para proporcionar respuestas a otro pobre iluso, en tiempos venideros, que se sienta tan magullado como yo por culpa de las contiendas mágicas de su interior.

Pero cuando me siento y afronto la tarea, vacilo. ¿Quién soy yo para oponer mi voluntad a la sabiduría de mis predecesores? ¿Habré de resumir en términos comprensibles los métodos según los cuales alguien dotado para la Maña puede expandir su alcance, o vincular una criatura a su ser? ¿Habré de detallar la formación necesaria para ser reconocido como adepto de la Habilidad? Las brujerías Vulgares y la magia legendaria nunca han sido para mí. ¿Tengo algún derecho a sacar sus secretos a la luz y clavarlos al papel como mariposas u hojas recogidas para su estudio?

Intento considerar qué podría hacer alguien con estos conocimientos, injustamente adquiridos. Eso me lleva a considerar qué me ha procurado este conocimiento. ¿Poder, dinero, el amor de una mujer? Me río de mí. Ni la Habilidad ni la Maña me han ofrecido nada parecido. O si lo hicieron, no tuve el buen juicio ni la ambición para aceptarlo cuando tuve ocasión.

Poder. Creo que nunca lo busqué por sí solo. Lo anhelé, a veces, cuando estaba en apuros, o cuando las personas próximas a mí sufrían bajo aquellos que abusaban de sus poderes. Dinero. Nunca he pensado en él. Desde el momento en que yo, su nieto bastardo, juré lealtad al rey Artimañas, este siempre se ocupó de cubrir mis necesidades. Tuve de sobra para comer, más educación de la que supe apreciar a veces, atuendos sencillos y ropas fastidiosamente lujosas, y a menudo una o dos monedas para gastarlas a mi antojo. Habiéndome criado en Torre del Alce, esa era más riqueza de la que la mayoría de jóvenes de la Ciudad de Torre del Alce podrían desear. ¿Amor? Bueno. Mi yegua Hollín me apreciaba, a su plácida manera. Gocé de la lealtad incondicional de un perro llamado Morrón, y eso le costó la vida. Recibí el más feroz de los amores de parte de un cachorro de terrier, y también eso le supuso la muerte. Me estremezco al pensar en el precio que se ha llegado a pagar por amarme.

Siempre he poseído la soledad de quien ha crecido en el seno de las intrigas y los secretos, el aislamiento de un muchacho que no puede confiar la plenitud de su corazón a nadie. No podía acudir a Cerica, el escribano de la corte, que ensalzaba mi nítida caligrafía y mis bien entintadas ilustraciones, y confiarle que ya era aprendiz del asesino real, lo que me inhabilitaba para ejercer la profesión de la escritura. Tampoco podía informar a Chade, mi maestro en la Diplomacia del Cuchillo, de la frustrante brutalidad que hube de soportar mientras intentaba aprender las artes de la Habilidad con Galeno, el Maestro de la Habilidad. Y con nadie me atrevía a hablar de mi emergente propensión a la Maña, la antigua magia de las bestias, considerada una perversión y una lacra para quienes la practicaran.

Ni siquiera con Molly.

Molly era mi posesión más preciada: un auténtico refugio. No tenía absolutamente nada que ver con mi vida diaria. No era solo que se tratase de una fémina, aunque eso ya me suponía suficiente misterio. Me había criado casi por completo en compañía de varones, despojado no solo de padre y madre naturales, sino también de cualquier lazo de sangre que se me pudiera reconocer abiertamente. De pequeño, habían confiado mi cuidado a Burch, el hosco caballero que antaño sirviera a mi padre como hombre de confianza. Los mozos de cuadra y los guardias eran mis compañeros de diario. Antes, igual que ahora, había mujeres en las compañías de soldados, aunque quizá no tantas antes como ahora. Pero al igual que sus camaradas masculinos, tenían deberes que cumplir, y vidas y familias propias cuando no estaban de servicio. No podía exigirles que me dedicaran su tiempo. No tenía madre, ni hermanas ni tías propias. No había mujer que me ofreciera la ternura especial que se les supone a las féminas.

Ninguna salvo Molly.

Tenía quizá un par de años más que yo, y crecía igual que crece una brizna de hierba entre las grietas del empedrado. Ni la sempiterna embriaguez de su padre y la frecuente brutalidad a la que la



sometía ni los demoleedores quehaceres de una chiquilla que intenta mantener al mismo tiempo una farsa de hogar y negocio familiar podían doblegarla. La primera vez que la vi, era cauta y salvaje como un cachorro de zorro. Molly Martillete la llamaban los niños de la calle. A menudo mostraba las señales de las palizas que le propinaba su padre. Pese a su crueldad, ella cuidaba de él. Nunca lo entendí. El hombre rezongaba y la reñía aunque ella lo condujera a casa tras una de sus juergas y lo tendiera en la cama. Y cuando se despertaba, jamás se arrepentía de su borrachera ni de sus duras palabras. Solo tenía más críticas para ella: ¿Por qué estaba la velería sin barrer y no se había esparcido heno limpio por el suelo? ¿Por qué no había cuidado de los panales, cuando ya casi no les quedaba miel que vender? ¿Por qué había permitido que se apagara el fuego bajo la olla de sebo? Fui mudo testigo más veces de las que quiero recordar.

Pero en medio de todo aquello, Molly crecía. Floreció, una inesperada mañana, en forma de joven mujer que me sorprendió con sus aptitudes y sus encantos femeninos. Por su parte, parecía completamente ajena al modo en que sus ojos se cruzaban con los míos y se me secaba la lengua en la boca. No había magia que poseyera yo, ni Habilidad, ni Maña, que pudiera protegerme del roce accidental de su mano contra la mía, que pudiera paliar la torpeza que se adueñaba de mí cuando aleteaba una sonrisa en sus labios.

¿Debería catalogar su cabello ondeando al viento, o detallar cómo cambiaba el color de sus ojos del ámbar oscuro al rico castaño en función de su talante y el color de su vestido? A veces atisbaba sus faldas escarlatas y su chal rojo en medio del gentío del mercado y, de golpe, ya no veía a nadie más. De todas estas magias he sido testigo, y aunque las pusiera sobre el papel, nadie sabría reproducirlas con la misma maestría.

¿Cómo la cortejé? Con las torpes galanterías de un crío, observándola con la boca abierta igual que observa embobado un memo la actuación de un malabarista. Ella sabía que yo la quería mucho antes que yo mismo. Y dejó que la cortejara, aunque tuviera algunos años menos que ella, aunque no fuese uno de los muchachos de la ciudad ni tuviera planes de futuro que ella supiera. Me tenía por el chico de los recados del escribano, ayudante ocasional en los establos, mensajero del castillo. Nunca sospeché que yo fuese el bastardo, el hijo no reconocido que había derribado al príncipe Hidalgo de su lugar en la línea sucesoria. Eso solo era un secreto enorme de por sí. De mis magias y mi otra profesión, no sabía nada.

Quizá por eso podía quererla.

Sin duda por eso la perdí.

Permití que los secretos, los fracasos y los problemas de mis otras vidas me mantuvieran demasiado ocupado. Había magias que aprender, secretos que desentrañar, intrigas a las que sobrevivir. En medio de aquella vorágine, jamás se me ocurrió que pudiera recurrir a Molly para obtener una pizca de la esperanza y la comprensión que me estaban prohibidas en cualquier otra parte. Ella estaba al margen de esas cosas,

inalterada por ellas. Me ocupaba de que nada de eso la tocara. Nunca intenté atraerla a mi mundo. Al contrario, iba yo al suyo, a la ciudad portuaria donde tenía una tienda en la que vendía velas y miel, donde compraba en la plaza y donde, a veces, paseaba conmigo por la playa. A mí me bastaba con que existiese para que yo pudiera amarla. Ni siquiera me atrevía a soñar con que me correspondiera.

Llegó un momento en que mi formación en el campo de la Habilidad me sumió en una desdicha tan honda que pensé que me mataría. No lograba perdonarme mi incapacidad para aprenderla; no conseguía imaginar que a los demás pudiera darles igual mi ineptitud. Oculté mi desesperación tras un estoico retraimiento. Dejé que transcurrieran las largas semanas, y nunca fui a verla ni le hice saber que pensaba en ella. Al final, cuando no había nadie más a quien pudiera acudir, la busqué. Demasiado tarde. Llegué a la Velería de Toronjil en la ciudad de Torre del Alce una tarde, cargado de regalos, a tiempo de verla salir. Acompañada. De Jade, un apuesto marinero de anchas espaldas, con un osado pendiente en la oreja y la viril seguridad que le confería la edad. Ignorado, derrotado, me oculté y vi cómo se alejaban cogidos del brazo. La vi marchar, y la dejé marchar, y en los meses siguientes, intenté convencerme de que también mi corazón la había dejado marchar. Me pregunto qué habría ocurrido si hubiera salido corriendo tras ellos aquella tarde, si le hubiera suplicado que me dirigiera una última palabra. Qué extraño, pensar que tantas cosas puedan depender del equivocado orgullo de un muchacho y su inculcada aceptación de la derrota. La desterré de mi pensamiento y no le hablé a nadie de ella. Seguí con mi vida.

El rey Artimañas me envió en calidad de asesino con una gran caravana de personas que iban a asistir al compromiso de la princesa de las montañas Kettricken y el príncipe Veraz. Mi misión consistía en acabar discretamente con la vida del hermano mayor de Kettricken, el príncipe Rurisk, con sutileza, naturalmente, para que ella quedara como única heredera al trono de las montañas. Pero lo que descubrí al llegar allí fue una red de intrigas y mentiras urdida por el más joven de mis tíos, el príncipe Regio, que aspiraba a derrocar a Veraz de la línea sucesoria y casarse él con la princesa. Yo era el peón que habría de sacrificarse en aras de ese objetivo; y en vez de eso fui el peón que desbarató el tablero, descargando sobre mí su ira y su venganza, aunque no sin salvar antes la corona y la princesa para el príncipe Veraz. No creo que eso pueda calificarse de heroísmo. Tampoco creo que se debiera al mezquino resentimiento que me inspiraba alguien que siempre me había atormentado y menospreciado. Fue el acto de un muchacho que estaba convirtiéndose en un hombre, que hizo lo que había jurado hacer años antes de comprender el precio de dicho juramento. El precio fue la salud de mi joven cuerpo, algo que no había sabido apreciar en todos mis años.

Mucho después de desbaratar los planes de Regio, seguía languideciendo en mi lecho en el reino de las montañas. Pero al fin llegó la mañana en que desperté y creí que mi larga convalecencia había



terminado. Burrich había decidido que ya estaba lo suficientemente recuperado para comenzar el largo viaje de regreso a los Seis Ducados. La princesa Kettricken y su séquito habían partido hacia Torre del Alce semanas atrás, cuando el clima aún era apacible. Ahora las nieves del invierno cubrían los pasos elevados del reino de las montañas. Si no salíamos pronto de Jhaampe, nos veríamos obligados a pasar allí todo el invierno. Me levanté pronto aquella mañana, y terminaba de preparar mis bultos cuando percibí el primero de una serie de pequeños temblores. No les hice caso, me dije que aún me flojeaban las piernas por no haber desayunado y por la emoción de regresar a casa. Me puse las ropas que había preparado Jonqui para el tránsito de las montañas nevadas y las llanuras. Para mí había una camisa larga y roja, acolchada con lana. Los pantalones forrados eran de color verde, aunque bordados con hilo rojo en la cintura y las perneras. Las botas eran suaves, casi sin forma hasta que hube metido los pies en ellas. Eran como bolsas de cuero blando, acolchadas con lana y forradas de piel. Se anudaban con largas cintas de cuero. Mis dedos temblorosos convirtieron la tarea de atarlas en algo complicado. Jonqui nos había asegurado que eran estupendas para la nieve seca de las montañas, pero que debíamos procurar que no se mojaran.

Había un espejo en la habitación. Al principio, sonreí al verme reflejado. Ni siquiera el bufón del rey Artimañas lucía unos colores tan llamativos. Pero fuera de los alegres ropajes, mi cara se veía flaca y pálida, mis ojos negros demasiado grandes, mientras que mi cabello muy corto, negro y erizado, estaba de punta como los pelos de un perro. La enfermedad me había dejado hecho un trapo. Pero me dije que por fin iba a volver a casa. Me aparté del espejo. Mientras empaquetaba los modestos regalos con que pensaba obsequiar a mis amigos, la inseguridad se apoderó de mis manos.

Por última vez Burrich, Manos y yo nos sentamos a desayunar con Jonqui. Le agradecí de nuevo todas las atenciones que me había dispensado. Cogí una cuchara para el caldo y mi mano sufrió un espasmo. La solté. Vi cómo caía la forma plateada y me caí detrás de ella.

Lo siguiente que recuerdo es el sombrío entorno del dormitorio. Me quedé tumbado mucho tiempo, sin moverme ni hablar. Pasé de una sensación de vacío a comprender que había sufrido otro ataque. Había pasado ya; mi cuerpo y mi mente volvían a obedecer mis órdenes. Pero ya no los quería. A los quince años, una edad en que la mayoría de los muchachos alcanzaba la plenitud de sus fuerzas, yo no podía confiar en que mi cuerpo desempeñara siquiera la acción más sencilla. Sentía una rabia ciega hacia la carne y los huesos que me aprisionaban, y deseé conocer la manera de expresar mi feroz amargura. ¿Por qué no podía curarme? ¿Por qué no me había recuperado?

—Hará falta tiempo, eso es todo. Espera a que haya pasado medio año desde el día de tu lesión. Entonces podrás hacer valoraciones.

Era Jonqui la sanadora. Estaba sentada junto a la chimenea, pero su silla quedaba inmersa en las sombras. No había reparado en su

presencia hasta escuchar su voz. Se levantó despacio, como si le dolieran los huesos por culpa del invierno, y se puso de pie al lado de mi cama.

—No quiero vivir como un anciano.

Frunció los labios.

—Tarde o temprano deberás hacerlo. Al menos, te deseo que vivas tantos años. Yo soy vieja, igual que mi hermano el rey Eyod. A ninguno de los dos nos parece que sea una carga tan pesada.

—Me daría igual tener el cuerpo de un viejo si me lo hubiera ganado con los años. Pero no puedo seguir así.

Meneó la cabeza, atónita.

—Claro que puedes. Curarse a veces resulta tedioso, pero decir que no puedes seguir... No lo comprendo. ¿Será, quizá, que hablamos idiomas distintos?

Cogí aliento para responder, pero en ese momento apareció Burrich.

—¿Despierto? ¿Te sientes mejor?

—Despierto. No me siento mejor —rezongué. Aun a mis oídos, sonaba como un crío malcriado. Burrich y Jonqui se miraron por encima de mí. Ella se acercó a la cama, me dio una palmada en el hombro y salió de la habitación en silencio. Su flagrante tolerancia me mortificaba, y mi rabia impotente creció como la marea—. ¿Por qué no puedes curarme? —recriminé a Burrich.

La acusación implícita en mi pregunta lo desconcertó.

—No es tan sencillo —empezó.

—¿Por qué no? —Me senté recto en la cama—. Te he visto curar todo tipo de enfermedades en las bestias. Afecciones, fracturas, lombrices, sarna... eres el maestro caballerizo y te he visto curarlos a todos. ¿Por qué no me curas a mí?

—Tú no eres un perro, Traspíe —dijo Burrich en voz baja—. Con los animales es más fácil, cuando están gravemente enfermos. A veces he tomado medidas drásticas, diciéndome que, en fin, si el animal muere, al menos dejará de sufrir, y eso podría sanarlo. No puedo hacer lo mismo contigo. Tú no eres una bestia.

—¡No me has contestado! La mitad de las veces los soldados acuden a ti en vez de al curandero. Le sacaste a Den aquella punta de flecha. ¡Le abriste el brazo entero para hacerlo! Cuando el curandero dijo que el pie de Dingris estaba demasiado infectado y que tendría que amputarlo, ella acudió a ti y se lo salvaste. Y el curandero no paraba de decir que la infección se extendería, que moriría y que tú tendrías la culpa.

Burrich arrugó los labios, atemperando su genio. Si yo hubiera estado en condiciones, habría procurado no incurrir en su ira. Pero su paciencia conmigo durante mi convalecencia me había envalentonado. Cuando habló, su voz sonó suave y controlada.

—Esas fueron medidas arriesgadas, sí. Pero las personas que me pidieron ayuda conocían los riesgos. Además —añadió, levantando la voz para acallar la protesta que yo había estado a punto de



formular—, eran cosas sencillas. Conocía la causa. Sacar la punta y el asta de la flecha de un brazo y limpiar la herida. Ungüento para eliminar la infección del pie de Dingris. Pero tu afección no es tan sencilla. Ni Jonqui ni yo sabemos realmente qué te ocurre. ¿Se trata de las secuelas del veneno que te dio Kettricken cuando pensaba que habías venido para asesinar a su hermano? ¿Se trata de los efectos del vino envenenado que te hizo beber Regio? ¿O se debe a la paliza que recibiste después? ¿O a que casi te ahogas? ¿Se habrán combinado todas estas cosas para que ahora estés así? No lo sabemos, por eso no sabemos qué hacer para curarte. De verdad que no lo sabemos.

Su voz se apagó con sus últimas palabras y de repente vi que su compasión por mí se sobreponía a su frustración. Anduvo unos pasos, antes de detenerse para contemplar el fuego.

—Hemos conversado largo y tendido. Jonqui me ha contado muchos saberes de la montaña de los que nunca había oído hablar. Yo le he explicado las curas que conozco. Pero los dos estuvimos de acuerdo en que lo mejor sería darte tiempo para sanar. Tu vida no está en peligro, creemos. Es posible que, con el tiempo, tu propio cuerpo pueda eliminar los últimos vestigios del veneno, o reparar cualquier daño que hayas sufrido en tu interior.

—O —añadí despacio—, es posible que me quede así para el resto de mi vida. Que el veneno o la paliza causaran un daño permanente. Maldito sea Regio, patearme de esa manera cuando ya estaba atado.

Parecía que Burrich se hubiera convertido en una estatua de hielo. Luego se dejó caer en la silla oculta en las sombras. En su voz despuntaba el abatimiento.

—Sí. También cabe esa posibilidad. Pero, ¿no ves que no nos queda otra elección? Podría tratarte para que intentaras expulsar el veneno de tu cuerpo. Pero si se trata de una herida, no de veneno, sólo conseguiría debilitarte y tu organismo tardaría mucho más en restañar el daño. —Se quedó mirando las llamas y levantó una mano para atusarse un mechón de canas junto a la sien. Yo no era el único que había sucumbido a la traición de Regio. El propio Burrich acababa de recuperarse de un golpe en la cabeza que habría matado a alguien menos testarudo. Sabía que había soportado largos días de vértigo y falta de visión. No recordaba haber oído que se quejara ni una sola vez. Tuve la decencia de sentirme un poco avergonzado.

—Entonces, ¿qué hago?

Burrich se sobresalto como si acabara de despertarlo.

—Lo que estás haciendo. Espera. Come. Descansa. No seas duro contigo mismo. Y a ver qué pasa. ¿Tan terrible es eso?

Pasé por alto su pregunta.

—¿Y si no mejoro? ¿Y si me quedo así, sufriendo temblores o ataques cuando menos me lo espere?

Tardó en ofrecermme una respuesta.

—Apechuga. Mucha gente lo pasa peor. Estás bien casi todo el tiempo. No estás ciego. No estás parálítico. Todavía puedes razonar.

Deja de definirte por lo que no puedes hacer. ¿Por qué no piensas en lo que no has perdido?

—¿Que no he perdido? ¿Qué no he perdido? —Mi rabia se alzó como una bandada de aves que remonta el vuelo, empujada también por el pánico—. Estoy impedido. Peor que impedido, soy una víctima a la espera. Si pudiera regresar y machacar a Regio, valdría la pena. Pero no, tendré que sentarme a la mesa con el príncipe Regio, mostrarme educado y displicente con la persona que planeaba derrocar a Veraz y asesinarme ya de paso. No soportaré que me vea enfermo y tembloroso, o que me dé un ataque delante de él. No quiero verlo sonreír por reducirme a esto; no quiero verlo paladear su triunfo. Intentará matarme otra vez. Los dos lo sabemos. A lo mejor ha aprendido que no es rival para Veraz, a lo mejor respeta el reinado de su hermano y a su esposa. Pero dudo que extienda ese respeto hasta mí. Seré otro modo en que poder atacar a Veraz. Y cuando ocurra, ¿qué haré yo? Quedarme sentado junto al fuego como un viejo achacoso, sin poder hacer nada. ¡Nada! Toda mi formación, toda la instrucción militar de Capacho, las cuidadosas lecciones de escritura de Cerica, incluso lo que me has enseñado tú sobre el cuidado de los animales. ¡Todo en vano! No puedo hacer nada de eso. Vuelvo a ser un simple bastardo, Burrich. Y alguien me dijo una vez que los bastardos reales solo viven mientras valen para algo. —Prácticamente gritaba las últimas palabras. Pero aun furioso y desesperado, me resistía a hablar en voz alta de Chade y mi entrenamiento como asesino. Tampoco podía hacer nada de eso ahora. Todo mi sigilo y mi destreza manual, las maneras precisas de matar a un hombre con las manos, la minuciosa mezcla de venenos, todo me estaba negado ahora por culpa de mi cuerpo tembloroso.

Burrich permaneció sentado sin decir nada, dejando que me desahogara. Cuando me quedé sin aliento y sin rabia, sentado jadeante en la cama, con mis traidoras y trémulas manos enlazadas con fuerza, habló con serenidad.

—Bueno. ¿Me estás diciendo que no quieres que volvamos a Torre del Alce?

Eso me pilló desprevenido.

—¿Y tú?

—Mi vida está dedicada al hombre que lleve ese pendiente. Hay una larga historia detrás de eso, una historia que quizá te cuente algún día. Paciencia no tenía derecho a dártelo. Pensé que el príncipe Hidalgo se lo había llevado a la tumba. Seguramente pensó que sería cualquier fruslería que le gustaba a su marido, que tenía derecho a quedárselo o regalarlo. En cualquier caso, ahora es tuyo. Donde tú vayas, iré yo.

Acerqué la mano a la baratija. Era una diminuta piedra azul prendida en una red de hilo de plata. Empecé a quitármelo.

—No hagas eso —dijo Burrich. Sus palabras fueron quedas, más roncacas que el gruñido de un perro. Pero en su voz había orden y amenaza. Bajé la mano al instante, incapaz de contrariarlo al menos en



esto. Me resultaba extraño que el hombre que me había cuidado desde que era un crío dejara ahora su futuro en mis manos. Mas allí estaba, sentado, aguardando mis palabras. Estudié lo que podía ver de él a la oscilante luz de la lumbre. Antes me parecía un robusto gigante, siniestro y amenazador, pero también un salvaje protector. Ahora, quizá por vez primera, lo vi como un hombre. El pelo y los ojos oscuros eran la tónica general en quienes tenían sangre marginada, y en eso nos parecíamos ambos. Pero él tenía los ojos castaños, no negros, y el viento aportaba a sus mejillas sobre la barba rizada una rojez que hablaba de antepasados de más noble cuna. Al caminar cojeaba, marcadamente cuando hacía frío. Era el recuerdo de un jabalí que había estado a punto de matar a Hidalgo. No era tan grande como me parecía antes. Si yo seguía creciendo, probablemente sería más alto que él en menos de un año. Tampoco era tan exageradamente musculoso, sino que hacía gala de una solidez que obedecía a la presteza de su cuerpo y su mente. No era su tamaño lo que conseguía que fuese respetado y temido en Torre del Alce, sino su carácter arisco y su tenacidad. En cierta ocasión, cuando era muy pequeño, le pregunté si alguna vez había perdido una pelea. Acababa de doblregar a un potranco rebelde y estaba en el establo con él, apaciguándolo. Burrich sonrió, enseñando sus dientes blancos como los de un lobo. El sudor se había condensado en gotas sobre su frente y le corría por las mejillas hasta su barba oscura. Me respondió desde el otro lado de la pared del compartimiento. «¿Perder una pelea?», dijo, aún sin aliento. «La pelea no termina hasta que la ganas, Traspíe. Eso es lo único que debes recordar. Da igual lo que piense el otro hombre. O el caballo».

Me pregunté si yo sería una pelea que él tenía que ganar. A menudo me había dicho que yo era la última tarea que le había encomendado Hidalgo. Mi padre había abdicado del trono, avergonzado de mi existencia. Pero me había confiado a este hombre y le había pedido que cuidara de mí. Quizá Burrich pensara que su tarea aún no había terminado.

—¿Qué crees que debería hacer? —pregunté humildemente. Ni las palabras ni la humildad me resultaron fáciles.

—Curarte —respondió transcurrido un momento—. Tómate el tiempo necesario para curarte. No te puedes presionar. —Bajó la mirada hacia sus piernas, estiradas frente al fuego. Algo, no una sonrisa, le torció los labios.

—¿Crees que deberíamos volver? —insistí.

Se reclinó en su silla. Cruzó las botas sobre los tobillos y miró fijamente el fuego. Tardó mucho en contestar. Pero al final dijo, casi a regañadientes:

—Si no volvemos, Regio pensará que ha vencido. E intentará matar a Veraz. O al menos hará lo que crea que debe hacer para apoderarse de la corona de su hermano. Soy leal a mi rey, Traspíe, igual que tú. En estos momentos ese rey es Artimañas. Pero Veraz es el rey a la espera. No creo que sea justo que esa espera sea en vano.

—Tiene otros soldados, más diestros que yo.

—¿Te libera eso de tu promesa?

—Argumentas igual que un cura.

—Yo no argumento nada. Te he hecho una simple pregunta. Y otra más. ¿A qué renuncias, si dejas atrás Torre del Alce?

Me tocaba a mí guardar silencio. Pensé en mi rey, y en todo lo que le había jurado. Pensé en el príncipe Veraz, en la bonachonería y la franqueza que me había mostrado. Me acordé del viejo Chade y de la lánguida sonrisa que me regalaba cada vez que dominaba cualquier trozo de saber arcano. Pensé en lady Paciencia y en su dama de compañía, Cordonia, en Cerica y en Capacho, incluso en Perol y en Premura, la costurera. No había muchas personas que se preocuparan por mí, pero eso no las hacía menos importantes, al contrario. Las extrañaría a todas si no regresaba a Torre del Alce. Pero lo que saltó en mí igual que una brasa reavivada fue el recuerdo de Molly. Y de alguna manera, me encontré hablándole de ella a Burrich, que se limitó a asentir mientras yo desgranaba toda la historia.

Cuando habló, sólo me dijo que había oído que la Velería de Toronjil había cerrado al morir endeudado el borracho que la regentaba. Su hija se había visto obligada a mudarse a casa de unos parientes en otra ciudad. No sabía en cuál, pero estaba seguro de poder averiguarlo, si yo me empeñaba.

—Conoce tu corazón antes de nada, Traspíe —añadió—. Si no tienes nada que ofrecerle, déjala partir. ¿Que estás tullido? Solo si tú lo decides. Pero si decides ahora que eres un tullido, quizá no tengas derecho a ir en su busca. No creo que quieras su compasión. Es mal sustituto del amor. —Dicho lo cual se levantó y se fue, dejándome con la mirada fija en el fuego, pensativo.

¿Era un tullido? ¿Había perdido? Mi cuerpo pulsaba como las cuerdas mal afinadas de un arpa. Eso era cierto. Pero mi voluntad, y no la de Regio, se había impuesto. Mi príncipe Veraz seguía siendo candidato al trono de los Seis Ducados, y la princesa de las montañas era ya su esposa. ¿Temía que Regio se burlara de mis manos temblorosas? ¿Acaso no podía burlarme yo de él, que jamás sería rey? Creció en mí una salvaje satisfacción. Burrich tenía razón. No había perdido. Pero podía cerciorarme de que Regio supiera quién había vencido.

Si había vencido a Regio, ¿no podía ganarme también a Molly? ¿Qué se interponía entre ella y yo? ¿Jade? Pero Burrich había oído que se había marchado de la ciudad de Torre del Alce, no que se hubiera casado. A casa de unos parientes, sin un penique. Jade debería avergonzarse por haber permitido que ocurriera tal cosa. La buscaría, la encontraría y me la ganaría. Molly, con su cabello suelto y al viento, Molly con sus brillantes faldas y capa rojas, intrépida igual que un charrán escarlata, y no menos rutilantes sus ojos. Pensar en ella consiguió que me estremeciera. Sonreí para mis adentros, para luego sentir que mis labios se petrificaban en un rictus y que el estremecimiento se trocaba en escalofrío. Mi cuerpo sufrió un espasmo y mi



cogote rebotó violentamente contra la cabecera de la cama. Proferí un grito involuntario, un gorjeo estridente.

Jonqui llegó en un instante, seguida de Burrich. Entre los dos me sujetaron de brazos y piernas. Burrich cargó todo el peso de su cuerpo sobre mí, intentando contener mis pataleos. Luego me desvanecí.

Salí de la oscuridad a la luz, como si emergiera a aguas más cálidas después de una profunda inmersión. El mullido colchón de la cama de plumas me acunaba, las sábanas eran cálidas y suaves. Me sentí a salvo. Por un momento todo fue paz. Yací inmóvil, sintiéndome bien, casi.

—¿Traspié? —preguntó Burrich, inclinándose sobre mí.

Regresó el mundo. Volví a saber que era un ser maltrecho y lastimero, un títere con la mitad de los hilos enredados o un caballo con un tendón amputado. Nunca volvería a ser el de antes; no había sitio para mí en el mundo que había conocido hasta entonces. Burrich había dicho que la compasión era mal sustituto del amor. No quería la compasión de nadie.

—Burrich.

Se acercó aún más a mí.

—No ha sido tan grave —mintió—. Tú duermes. Mañana...

—Mañana partirás hacia Torre del Alce —le dije.

Frunció el ceño.

—No nos precipitemos. Date unos días para recuperarte, y luego ya...

—No. —Me senté con esfuerzo. Volqué hasta el último ápice de fuerza que me quedaba en mis palabras—. He tomado una decisión. Mañana volverás a Torre del Alce. Allí hay personas y animales que te esperan. Te necesitan. Es tu hogar y tu mundo. Pero no el mío. Ya no.

Se quedó un rato sin decir nada.

—¿Y tú qué piensas hacer?

Meneé la cabeza.

—Eso no es de tu incumbencia. Ni de nadie más, solo me incumbe a mí.

—¿La chica?

Volví a sacudir la cabeza, con más energía.

—Ya ha tenido que cuidar de un tullido, y eso le ha costado su juventud, para luego descubrir que la había dejado en la miseria. ¿Cómo voy a ir a buscarla en este estado? ¿Cómo voy a pedirle que me quiera y convertirme en otra carga para ella, como ya lo fue su padre? No. Sola o casada con otro, ahora está mejor así.

El silencio se prolongó entre nosotros. Jonqui se afanaba en una esquina de la habitación, preparando otro mejunje de hierbas que no me serviría de nada. Burrich señoreaba sobre mí, sombrío y amenazador como un nubarrón. Sabía que quería zarandearme, arrancarme mi obstinación a sopapos. Pero no lo hizo. Burrich no pegaría jamás a un tullido.

—En fin —dijo al cabo—. Eso deja sólo a tu rey. ¿O es que has olvidado que juraste ser un Hombre del Rey?

—No lo he olvidado —dije despacio—. Y si todavía me considerara un hombre, volvería. Pero no lo soy, Burrich. Soy una responsa-

bilidad. En el tablero de juego, me he convertido en una de esas fichas que hay que proteger. Un rehén a secuestrar, incapaz de defenderse a sí mismo o a los demás. No. Mi última acción como Hombre del Rey será eliminarme de la partida antes de que lo haga otro y mi rey salga perjudicado.

Burrich me volvió la espalda. Era una silueta en la sala tenuemente iluminada, inescrutable su rostro a la luz de las llamas.

—Hablabamos mañana —empezó.

—Solo para despedirnos —lo interrumpí—. Mi corazón es firme en esto, Burrich. —Acaricié el pendiente en mi oreja.

—Si tú te quedas, tendré que quedarme yo también. —Había fiereza en su voz ronca.

—Eso no es así. En cierta ocasión, mi padre te pidió que te quedaras atrás y criaras a su bastardo. Ahora yo te pido que te marches para servir a un rey que aún te necesita.

—Traspié Hidalgo, no...

—Por favor. —No sé qué oyó en mi voz. Solo que se quedó quieto de repente—. Estoy muy cansado. Tremendamente cansado. Solo sé que no puedo cumplir las expectativas depositadas en mí. No puedo. —Me tembló la voz como a un anciano—. Da igual lo que deba hacer. No importa lo que haya jurado hacer. No me quedan fuerzas para cumplir mi palabra. Puede que eso esté mal, pero es así. Los planes de los demás. Los objetivos de los demás. Los míos nunca. Lo he intentado, pero... —El cuarto osciló a mi alrededor como si fuese otra persona la que hablaba y me desconcertaran sus palabras. Pero en el fondo sabía que esas palabras entrañaban la verdad—. Ahora necesito estar solo. Dormir —dije, simplemente.

Los dos se me quedaron mirando. Ninguno dijo nada. Salieron de la habitación, con parsimonia, como si esperaran que fuese a arrepentirme y llamarlos de nuevo. No lo hice.

Pero cuando se hubieron ido y me quedé solo, me permití exhalar un suspiro. Me sentía mareado por la decisión que había tomado. No iba a volver a Torre del Alce. Qué iba a hacer, no lo sabía. Había barrido mis pedazos del tablero. Ahora había sitio para distribuir de nuevo las fichas que me quedaran, idear una nueva estrategia para vivir. Gradualmente, comprendí que no tenía dudas. El arrepentimiento se debatía con el alivio, pero no tenía ninguna duda. De algún modo, era más soportable avanzar hacia una vida en la que nadie me recordara como había sido. Una vida que no estuviera sometida a la voluntad de nadie. Ni siquiera a la de mi rey. La suerte estaba echada. Me tumbé en la cama y por primera vez desde hacía semanas me relajé por completo. Adiós, pensé con cansancio. Me hubiera gustado decirles adiós a todos, presentarme por última vez ante mi rey y ver en su gesto que obraba bien. Quizá pudiera hacerle comprender por qué no quería volver. No podría ser. La suerte, mi suerte, estaba echada.

—Lo siento, mi rey —musité. Me quedé mirando fijamente las llamas de la chimenea hasta que el sueño vino a por mí.